

mos á buscar nuestra víctima lo mas cerca de Dios que sea posible : hiriamos tan alto y tan fuerte, que toda la tierra mire, y todas las generaciones oigan ; y nuestro nombre , cubierto de una sangre ilustre y para siempre indeleble, vaya, de edad en edad y de siglo en siglo, llevando el sello de una celebridad, que ni el tiempo ni la eternidad podrán destruir jamas. » ; Ah ! En vano, señores, me esfuerzo por dejar aquí un carácter indeterminado á la manifestacion de la verdad : á pesar mio, vuestro pensamiento lo precisa, vuestra memoria lo recuerda, vuestra imaginacion os lo pinta, y creo ver vuestros labios que se abren para nombrar conmigo al hombre precipitado, por el orgullo, de lo que hay de mas alto, la dignidad sacerdotal, á lo que hay de mas bajo, el asesinato satánico : el sacerdote dando una muerte cruel al pontífice en el templo de Dios ; consternando dos veces al pueblo, esto es, con la desgracia de su pontífice y con el atentado de su sacerdocio. Angel caido, viniendo á escribir allí, sobre el pavimento del templo, con la punta de un puñal y la sangre de un pontífice, lo que puede el orgullo para la degradacion de un hombre.

II. Despues de haberos mostrado, que el orgullo es el mayor decaimiento moral del hombre, me es fácil haceros comprender, que en este decaimiento humano el orgullo lleva en sí todas las decadencias.

Aquí, señores, tenemos largo camino que hacer ; pero irémos aprisa, imitando al viajero, el cual, sin poder detenerse, mira á derecha é izquierda de su camino las aberturas profundas que se propone volver á ver mas despacio.

Pasemos una revista ligera de todos los progresos que anhelamos realizar, y veréis que todos reciben heridas mortales de ese mismo orgullo que destruye el progreso moral.

¿Qué progreso haréis con el orgullo? ¿Será acaso en la ciencia? No, señores, porque el orgullo es el golpe mas mortal que darse pueda á la verdadera ciencia.

Para adelantar en la verdad y progresar en la ciencia, la primera condicion es reconocer que se sabe poco ó nada. El que desee llegar á ser un verdadero sabio, debe ante todo confesar ingenuamente que no puede comprenderlo todo, y reconocer que no puede saberlo todo, siendo el mayor triunfo del sabio hacer ver los límites hasta donde llega la vision de su propio pensamiento. Y esto es precisamente lo que

el orgulloso no quiere entender : porque aspira á comprenderlo todo y á saberlo todo, y por esto deja de comprender, y está privado de saber con perfeccion.

Ese vértigo del orgullo es el que precipitó en el siglo último la filosofía á los abismos del absurdo. Por todas partes habia escrito la filosofía en sus banderas : *no creer sin comprender* ; y el ingenio, extrañado por el orgullo, habia reunido todas sus fuerzas para hacer guerra á lo incomprendible. Jamas semejante locura se habia apoderado del cerebro de los sabios. Todo lo que no se dejaba ver, coger, abarcar, en una palabra, comprender enteramente, debia caer á los golpes de la nueva ciencia. Y en este caso, ¿qué es lo que podia quedar en pié? ¿Qué es lo que, no solo en el Criador, pero ni aun en la criatura, puede ser comprendido enteramente? Dicen que vosotros sabeis un poco de todo : será posible ; pero permitid que os diga Pascal por mi boca : *Vosotros no sabeis el todo de nada.*

Así es, que delante de esa pretension del orgullo, viéronse amontonar desde luego, como era natural, las ruinas de toda especie en el imperio de las inteligencias. El cristianismo debia hundirse con sus misterios incomprendibles : lo sobrenatural debia desaparecer con sus horizontes, en los que es imposible que nada vea el ojo del hombre por sí solo. Hasta Dios debia desvanecerse : porque Dios es por esencia el sér incomprendible, porque Dios es infinito ; y comprender lo infinito con una inteligencia finita, es nada ménos que contradiccion.

Pero, ¿qué digo? La misma ciencia del hombre y de la naturaleza iba tambien á ser presa de un vértigo inmenso. Ella iba á expulsar de todas partes, como si fueran errores, las verdades no comprendidas ; porque, es cosa digna de notar, ese orgullo del espíritu que rechaza lo incomprendible, engendra, como su fruto natural, la revuelta contra la verdad, la huida de la verdad, la supresion de la verdad : y por consiguiente, la marcha en lo falso y la decadencia del verdadero saber. Tal es el carácter del orgullo : él quiere sacarlo todo de sí mismo : lo que no sale de él, lo trata como enemigo, y rabia por destruirlo : y el filósofo, que levanta contra lo incomprendible el estandarte de sus guerras insensatas, no es, si bien se considera, otra cosa que un vándalo instruido, el cual causa ruinas en el imperio de la ciencia ; empresa tan degradante como soberbia, que prepara á la filosofía misma

derrotas notables y represalias humillantes. En efecto, Dios se complace en vengar tarde ó temprano, por medio de humillaciones condignas, esos delirios de la ciencia orgullosa que no cree sino á sí misma. Llega un día, en qué esos escépticos ilustres dan el espectáculo de una credulidad, que atestigua de un modo visible la extenuacion de los espíritus. Esos ingenios fieros, que por todas partes hacian la guerra á lo incomprensible, se hallan á su vez, hasta en los atrincheramientos de su ignorancia, asaltados por todos lados por lo incomprensible. El demonio se echa á reír cuando halla en su escuela, dóciles á sus revelaciones, esos atrevidos incrédulos que negaban tan resueltamente la existencia de los espíritus por la grandísima y profundísima razon de qué jamas en toda su vida habian encontrado espíritus. Entónces, aquellos que se creían demasiado sabios para recibir la doctrina de los órganos vivos de la verdad, van á pedir á los muertos la solucion de los problemas de la vida. Aquellos, que así desprecian las demostraciones de los doctores y de los padres de la Iglesia, suplican á los nigrománticos que les demuestren, por medio de visiones, la verdad cristiana; aquellos, por fin, que no escuchan la palabra de la verdad ni las doctrinas de Dios, hacen lo que decíamos, tomándolo de san Pablo: están atentos para escuchar á los espíritus de error y las doctrinas de los demonios: *Attendentes spiritibus erroris et doctrinis demoniorum.*

Señores, si esto perteneciese á mi asunto, os diría con los teólogos y los concilios: *non licet*, esto no está permitido: *non licet*. Ahora me contento con decir: esto no está decente; esto no es digno de un siglo de progreso; esto, en especial por lo que toca á la ciencia orgullosa, que niega lo que no puede palpar, y desecha lo que no puede comprender, es en extremo humillante, por no decir en extremo ridículo.

¿Qué progreso haréis con el orgullo? ¿Será por ventura en las artes? ¿será tal vez en las letras? No, señores: porque, así como el orgullo inspira el odio de la verdad, inspira tambien el desden de la verdadera *belleza*. El orgullo en las artes y en las letras, tiene por efecto casi inevitable tender á destruir lo ideal y suprimir la regla. Como él no quiere regla para su pensamiento, tampoco la quiere para la expresion del mismo; y como quiere sacar de su propio fondo toda verdad, quiere tambien que toda belleza sea hecha á su imágen; porque

cree que lo bello es él mismo, y que no hay de bello en el arte, en las letras ni en cosa alguna sino lo que lleva el reflejo de su sér y el sello de su personalidad. Así, en vez de salir de sí mismo y colocarse en lo universal, para juzgar ó realizar lo bello, él se retira en el *yo*, se coloca enteramente en lo individual, en lo particular, en lo personal: y en ese círculo reducido, en donde encierra consigo mismo el arte y la literatura, halla que todo es bello, y que fuera de este límite, lo bello no existe ya, porque mas allá ya no es *él*.

De ahí provienen, en los hombres de talento, las aberraciones literarias, que no son sino el rechazo de las aberraciones del alma, creadas por orgullosos sin medida. Regla general: el orgulloso que escribe, el orgulloso que compone un libro, cualesquiera que sean sus desvaríos literarios, está convencido de la superioridad de su estilo, y le parece que está escrito como nadie lo hubiera hecho ántes de él; pues sus defectos son bellezas que le desvanecen, tanto mas, cuanto mas opuestos están al lenguaje que habla en torno suyo el comun de los hombres. Como en los días de decadencia literaria, se llena de adornos superfluos para mejor parecer. No pudiendo impresionar con las ideas, se hace admirar con las palabras, haciendo con ellas choques impensados á fin de que se oiga su ruido. Así, el orgullo, cuando llega á cierta extremidad que yo supongo aquí, echa á perder forzosamente las artes y la literatura, puesto que les quita lo que nada puede reemplazar, esto es, la dignidad de lo natural y la simplicidad de lo verdadero; y en su lugar les da aires pretenciosos que no son sino falsificaciones de lo grande, y ornamentos fútiles que no son sino falsificaciones de lo bello.

De ahí tambien, en la literatura, la preocupacion de la personalidad. Bajo el imperio del orgullo, y en la exaltacion progresiva del *yo*, la necesidad de hacer hablar de sí mismo y mendigar adoraciones á cualquier precio, ha dado origen á una literatura que parece propia de nuestro tiempo, y pudiera llamarse la literatura personal, ó el personalismo en las letras. Literatura *egoista*, en la qué se hace ostentacion del *yo* en el principio, en el medio, y hasta en el fin. Cuando un autor de nuestros días se halla ya sin saber que escribir, faltándole ideas, y hallándose sin materia, le queda aun que tratar un asunto muy interesante para él, y se escribe á sí mismo, haciendo el mas bello libro, el libro de su vida: al paso que la Europa está contemplando lo que él

hace, él mismo se mira en todo lo que ha dicho, en todo lo que ha pensado y en todo lo que ha hecho: admiraciones retrospectivas, que tanto mas estima, cuanto mas siente que el tiempo va á llevarsele al olvido, y ve caer sobre su vida aquella sombra triste que cubre el fin de todo. Pasion extraña, que violando todas las reglas de buena educacion, aun las mas triviales, incita á qué uno diga de sí mismo lo que sería ya muy delicado permitir que otro lo dijera; la cual quita á la literatura aquel perfume que se respira en las obras maestras producidas por el talento y la humildad, quiero decir, aquel sentimiento exquisito del decoro, que nace de la desconfianza de sí mismo mezclada con el respeto de los otros. Pasion la mas fatal á la literatura y á la elocuencia, en las que el olvido de sí mismo es la primera condicion para realizar lo bello, que nunca es tan radiante como cuando absorbe en su brillo, para hacerle olvidar, al hombre á quien Dios suscita para hacerle resplandecer.

¿Qué progreso haréis con el orgullo? ¿Será tal vez el progreso social? No, señores; porque el orgullo, al mismo tiempo que produce el odio de la autoridad, produce tambien tres cosas igualmente antisociales. ¿Y cuales son?

En primer lugar la rebeldía contra toda superioridad. El orgulloso, en todo y por todo quiere ser el primero; y es evidente que el que quiere ser el primero, no puede querer superior. El odio de la superioridad es la esencia misma del orgullo. De ahí proviene la dificultad de gobernar en las sociedades dominadas por el demonio del orgullo, porque el orgullo hace ingobernables á los pueblos, á las familias y á los individuos. Es el mismo principio, que impide al hijo obedecer á los padres, la muger al marido, el criado á su amo, y los pueblos al que tiene el poder: porque el orgullo es lo mismo en todas partes, la rebeldía contra la superioridad.

Él es tambien la impaciencia de toda igualdad: es el golpe mortal dado á la fraternidad. No hay mas que la humildad cristiana para engendrar en las almas un amor sincero de la igualdad fraternal: y la razon es, que para querer sinceramente iguales, es preciso aspirar á descender; porque de otro modo, los llamamientos á la igualdad y las predicaciones de la fraternidad no son mas que embustes. Fuera del cristianismo, todo llamamiento á la igualdad no significa nada, ó signifi-

fica una rebeldía contra la superioridad. Ved á ese demagogo anticristiano, que va por el mundo predicando la igualdad y la fraternidad: vosotros creeréis tal vez, que ese hombre es un hermano que busca iguales; de ninguna manera, es un soberano que busca vasallos.

En rebeldía contra la superioridad, impaciente de la igualdad, el orgullo es, mas que todo, opresor de la inferioridad. El mayor contento del orgullo es hacer sentir al inferior el peso de la dominacion: cualquier diría, que él se alegra tanto mas de la dicha de mandar, cuanto mas sufre otro de la necesidad de obedecerle. Y ved por qué todo orgullo es inhábil para gobernar á hombres. En el Estado, en la familia, y lo mismo en el taller, el orgullo produce lo que sale de él mismo, lo que es en cierta manera él mismo, la tiranía: él hace de un rey un déspota, de un marido un déspota, de un amo un déspota, metiendo la opresion por todas partes.

Así pues, rebeldía contra la superioridad, impaciencia de la igualdad, opresion de la inferioridad; tal es el orgullo en la sociedad: con esto haced, si podeis, algun progreso social.

¿Qué progreso haréis con el orgullo? En esta decadencia de la ciencia, de las letras, de la sociedad, ¿no nos quedará á lo ménos un progreso para consuelo de tantas decadencias? Aquí estoy oyendo al siglo que responde á voz en grito: sí, nos quedará un progreso, y ese nos valdrá por todos: *el progreso en la materia*, el globo terrestre perfeccionado por el talento del hombre, y viniendo á ser para el hombre un paraíso, un cielo. ¡Perezcan todos los demas progresos, ese no nos escapará, no! ¿Y estais bien seguros de ello? ¿creeis vosotros, que ese orgullo, que ha destruido todos los otros progresos, respetará á lo ménos vuestro progreso material? Nó, mil veces nó. Porque es el orgullo el que hace desviar de su ruta el progreso material, como el convoy que desvía del carril para arrojaros al abismo. ¿No es acaso el orgullo, el que dice á los hombres de este tiempo, que viven sin Dios en la tierra: «Andad siempre, producid, producid todavía; *vosotros seréis como dioses, vosotros gozaréis al infinito?* ¡Delirio absurdo é impío, que haría perecer la humanidad misma debajo del edificio de ese progreso que ella construye con sus manos, si la humildad no viniera á defenderla contra los peligros con qué la amenaza ese orgullo de la vida.

El progreso material, creado y gobernado por el orgullo, ¿sabeis vosotros qué es? ¿Quereis que al concluir os lo muestre en una imagen, tan viva como resplandeciente? Un dia, un gran potentado se paseaba en su corte, contemplando los terrados, los jardines colgantes, las torres soberbias, todas esas magnificencias que se ofrecian á su vista: é hinchándosele el corazon, y exaltándose de orgullo su alma, iba diciendo: «¿No es verdad, que esta es la grande Babilonia, que yo he construido en la plenitud de mi fuerza y en el esplendor de mi gloria? *¿Nonne hæc est Babylon magna, quam ego ædificavi in robore fortitudinis meæ et in gloria decoris mei?*» (Dan. iv, 27.) Hablando estaba todavía, cuando una voz que descendia del cielo, le decia: «O rey, mira lo que se te anuncia; tu reinado va á pasar: *regnum tuum transibit à te.* Tú serás echado de la sociedad de los hombres, tú habitarás con las bestias de la tierra, y lo mismo que el buey, comerás la yerba de los campos.» Y Nabucodonosor cayó, y cayó de los esplendores de Babilonia hasta la abyeccion de la bestia. Hé aquí trazado, con rasgos imponentes, el progreso que el orgullo os promete, exaltándose á sí mismo en este edificio moderno del progreso material construido por sus manos. ¿No es verdad que somos nosotros, dice el orgullo de este siglo, los que hicimos estos milagros? ¡Qué pequeños eran los que fueron nuestros padres! ¡Ellos eran pigmeos, nosotros somos gigantes: ellos apenas eran hombres; y nosotros, hé aquí que hemos venido á ser como dioses! ¿Quien podrá resistirnos? ¿quien impedirá jamas el que nuestro poder suba hasta lo infinito? ¿Quien? ¡Ah! yo voy á deciroslo: el orgullo mismo. ¡O gigantes de nuestra raza, ó dioses de nuestra historia moderna, ó reyes del progreso material, cuidado con vuestro orgullo! Si vosotros no pedis á la humildad cristiana el secreto de subir, mediante un progreso verdadero, hé aquí lo que se os predice: ese reinado de la materia, el único que vosotros ambicionais, se escapará de vuestras manos: el progreso material se irá tambien de vosotros: *Regnum tuum transibit à te.* Vosotros caeréis de los esplendores de ese reino soberbio, mas abajo aun de la misma humanidad. ¡No solo no seréis dioses, pero ni siquiera seréis hombres!...

Así pues, ya lo veis: en este declive espantoso, en qué el orgullo coloca la humanidad, todo se precipita con las ruinas del progreso moral: ciencias, letras, religion, sociedad, hasta el mismo progreso ma-

terial. ¿Quereis levantar otra vez todo lo referido? Abajáos. Con la humildad cristiana se levanta la filosofía, se levanta la literatura, la sociedad, la religion, y hasta la industria misma prosigue su curso regular, legítimo y fecundo: el progreso está en todas partes. Humillándose delante de Dios, el rey de Babilonia subió otra vez de su abyeccion á la gloria de su trono. Y así debe ser: la elevacion es con la condicion del abatimiento: cuando la humanidad se inclina, confesando su miseria y reconociendo su nada, ella se levanta otra vez por sí misma con toda la altura de su abatimiento, y todo se levanta con ella, y sube hácia Dios.